

ACRACIA

REVISTA SOCIOLÓGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Setiembre de 1887

Año II

N.º 21

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN

II

La Mentira Religiosa

La institución más poderosa y esparcida que debemos al pasado es la religión: toda la humanidad se agrupa bajo su bandera. Con el mismo lazo oprime las razas más elevadas como las más inferiores, y desde el punto de vista de las ideas abarca desde el negro de Australia al lord inglés. La religión penetra todas las formas de la vida política y social; la fe en sus doctrinas sobrenaturales implica más ó menos abiertamente, no sólo la validez, sino la única posibilidad de toda una serie de acciones que señalan las fases de desarrollo y los momentos decisivos de la existencia individual. En muchos países civilizados vese el individuo obligado á pertenecer á una religión; déjanse á un lado sus convicciones íntimas, pero exteriormente hay que formar parte de una confesión determinada. No se está ya en el caso en que se encontraban España en el siglo xvi, Inglaterra en el reinado de María la Sanguinaria, ó las colonias de Nueva-Inglaterra en tiempos de la tiranía puritana; entonces se exigía bajo penas terribles que cada individuo tomase parte en los ejercicios del culto. El progreso en este punto es poco considerable, porque si el Estado no obliga ya á nadie á asistir á misa ni á confesar, si no quema á los que faltan el domingo al oficio divino, en muchos países de Europa y de América exige que se inscriba en una agrupación religiosa y le obliga por los tribunales y los gendarmes á contribuir con su dinero al sostenimiento del culto.

La religión se apodera del hombre desde que nace, le acompaña en el curso de su existencia y no le suelta ni con la muerte. Es cierto que en muchos países existe el matrimonio civil, pero dista mucho de haberse generalizado, y donde ha podido penetrar, potentes influencias tratan de abolirlo, y donde parece disfrutar de más sólida existencia, las costumbres sociales han quedado rezagadas y afectan ver en esa forma de matrimonio una cosa incompleta. En muchas circunstancias no puede el ciudadano defender sus más legítimos intereses sino por medio de un juramento religioso. Jura la bandera para hacer el sacrificio de su vida como soldado por la patria; jura para defender su derecho en justicia; jura para ejercer el derecho de juzgar á sus conciudadanos, para representarlos en las asambleas legislativas, y sin el juramento no puede apenas desempeñar ningún cargo público. La tentativa hecha en Inglaterra, Francia y España para reemplazar el juramento por una solemne

invocación al honor y á la conciencia ha encontrado resistencias apasionadas, y en vano se buscaría un rincón del mundo que haya sacudido la dominación religiosa.

Las formas que la civilización ha revestido en su desarrollo histórico son: la familia, la propiedad, el Estado y la religión; pero ninguna de ellas tiene una extensión tan vasta como la última. Muchas gentes viven fuera de la familia: por ejemplo, los expósitos y los vagabundos de las ciudades, á menos que en la edad madura recurran al matrimonio ó al concubinage; los indigentes y criminales, que viven de la limosna ó del robo, no reconocen el principio de propiedad; los gitanos, que no forman parte de ninguna organización política. En cambio es bien escaso el número de los que sacuden el yugo religioso, y lo prueba el poco éxito que han alcanzado hasta el presente las ligas de librepensadores que se han propuesto la emancipación de los lazos hereditarios de la superstición.

Entre todos los países civilizados, Francia es el país donde la libertad de pensamiento ha conquistado más amplio lugar en las leyes, pero no en las costumbres. Allí la mayoría de los librepensadores permanecen en el girón de la Iglesia, y van á misa, confiesan, se casan ante el altar, bautizan á sus hijos y llaman al cura para que acompañe á sus muertos. Son aún en corto número y les falta valor para hacer ostentación de sus convicciones.

En la libre Inglaterra la ley y la opinión pública toleran todas las religiones y todas las sectas, pero el ateísmo es condenado. Bradlaugh, que tuvo la audacia de proclamar que no cree en la existencia de Dios, fué expulsado del Parlamento y procesado.

La influencia de la religión es tan poderosa y tan difícil es sustraerse á las costumbres religiosas, que hasta los ateos, cuando quieren sustituir la fe por un ideal racional, tienen la debilidad de mantener para su concepción la palabra *religión*; ejemplo las asociaciones librepensadoras alemanas que se llaman «comunidad religiosa libre,» el idealismo ateo de David Federico Straus llamado «religión del porvenir.» Esto recuerda aquella exclamación tan conocida:—«Soy ateo, como hay Dios.»

*

El autor cree oportuno prevenir aquí una equivocación. Cuando llama á la religión mentira convencional del hombre civilizado, no entiende por la palabra religión la creencia en poderes sobrenaturales. Esta creencia es sincera en la mayoría de los hombres, y continúa viviendo inconscientemente aun en los hombres de inteligencia cultivada. Pocos son los hijos del siglo xix que hayan dado á la concepción científica del universo fuerza suficiente para que penetrara hasta lo más recóndito de su sér, punto casi inaccesible á la voluntad y origen de los sentimientos confusos y de las ilusiones; en esos rincones sombríos y misteriosos conservan su poder las ideas supersticiosas, de donde es sumamente difícil desalojarlas.

Como medio más ó menos inconsciente de elevación á ideas trascendentes es, pues, la religión un resto lleno aún de vigor de la infancia

de la humanidad; es como una lesión crónica causada por la imperfección de nuestro órgano pensante y una de las señales distintivas del carácter limitado de nuestro sér.

En efecto; la filología, la mitología comparada y la etnopatía han facilitado un importante contingente de datos para la historia del nacimiento y desarrollo del pensamiento religioso, la psicología ha intentado con éxito descubrir las propiedades psíquicas que debían conducir al hombre primitivo á la idea de lo sobrenatural y á su adhesión á ese mismo pensamiento por el hombre civilizado.

Millares de siglos han sido necesarios para que, después de pensadores como Pitágoras, Sócrates y Platón, se llegase á reconocer ciertas nociones como no esenciales, como simples formas y categorías del pensamiento humano. Durante los albores de la vida intelectual de la humanidad, esas nociones debían dominar al hombre primitivo con un poder de que el hijo de la civilización, tan habituado á las abstracciones, no puede formarse idea. Para el salvaje, tiempo, espacio y causa son cosas tan materiales como todo lo que le rodea y puede percibir por el más grosero de los sentidos, el tacto. El tiempo es un monstruo que devora sus hijos; el espacio es una muralla que cierra el horizonte ó como la juntura de la tierra con la bóveda celeste; la causalidad le parece tan inseparable de los fenómenos, que le da la forma de la acción directa de un sér que se le parece. Si cae un árbol, si tiembla la tierra, alguien ha causado ese efecto; pero la idea *alguien* no es bastante perceptible para el salvaje y la personifica necesariamente en un hombre. Así raciocina respecto de cuantos fenómenos presencia; esclavo pasivo de la causalidad, y en la convicción de que la causa de sus acciones es su propia voluntad, refiere esta observación á la naturaleza y deduce que todos los fenómenos naturales son efecto del capricho de un sér semejante al hombre. Ofrécese, no obstante una duda: vé que su mujer enciende fuego con un pedernal y que su compañero mata á un animal de un hachazo, y en ambos casos sus sentidos perciben claramente la causa del fuego y de la muerte; pero cuando la tempestad derriba su cabaña ó el granizo le hiere, no vé al sér que contra él ejerce estos actos de violencia, cuya existencia es para él indudable, porque su cabaña yace arruinada y su herida le duele y alguien ha causado el daño; pero el salvaje no le descubre, y se sobrecoge á la idea de un peligro desconocido contra el cual no puede defenderse: este sentimiento es el punto de partida de la religión.

Todos los viajeros que han podido observar salvajes reconocen unánimemente que el sentimiento religioso se manifiesta en ellos sólo bajo la forma de temor supersticioso. Y se comprende que así sea: las sensaciones desagradables son, no solamente más numerosas, sino también más fuertes que las agradables, y excitan al interior y al exterior una actividad mucho más viva. Una sensación agradable la aceptamos pasivamente; no es necesario percibirla con claridad, y los músculos y el cerebro reposan mientras se produce. Una sensación desagradable, por el

contrario, llega con toda claridad á la conciencia y exige una serie de actos del pensamiento y de la voluntad para conocer su causa y evitar sus consecuencias. Por esto el hombre primitivo presta más atención á las fuerzas naturales hostiles que á las propicias, y no le preocupa si el sol le calienta ó se maduran los frutos, despertándose, en cambio, su actividad y llenándose su ruda inteligencia de imágenes permanentes ante los dolores y los peligros. Llegado á más alto grado de desarrollo intelectual, el hombre se representa los encantos de la vida y goza de ellos, no sólo instintiva, sino conscientemente, y reconoce como causa primera la buena voluntad de un sér semejante al hombre, á quien dedica amor, reconocimiento y admiración. Pero antes de llegar á ese estado relativamente tardío de su civilización, el hombre se estremece de angustia y temor ante la voluntad invisible y desconocida que se manifiesta por el trueno y el rayo, que le colma de toda clase de males y le prepara dolores é infortunios.

De ese sentimiento de temor se originan todos los actos primordiales del culto religioso. Se evita lo que puede irritar al enemigo invisible. Si se halla poseído de cólera, es necesario apaciguarlo por todos los medios: ofrendas y presentes para su codicia; sacrificios sangrientos para su crueldad; humildad para su soberbia. Manifestaciones todas, según Darwin, del mismo sentimiento, y de donde se derivan todas las formas de saludo; actos de sumisión á un adversario más fuerte.

La causalidad, pues, forma ó categoría del pensamiento humano, se concibe por el hombre primitivo de una manera groseramente material; su incapacidad de pensar bajo formas abstractas, sólo le permite ideas concretas que se le representan siempre revestidas de formas que le son familiares, y llega de este modo al antropomorfismo, ó sea á la representación de todo lo que puede ser causa de un fenómeno natural bajo la figura de un hombre dotado de conciencia, de voluntad y de órganos para obrar.

Tal es el origen de la religión en los primitivos tiempos, persistente aún en la actual civilización. Inteligencias excepcionalmente cultivadas continúan considerando la causalidad como una cosa material, y no han podido elevarse á la altura de la abstracción desde donde se ve á la causalidad, como al espacio y al tiempo, no como una condición de los fenómenos, sino como una forma de nuestro pensamiento. El antropomorfismo continúa dominando, no solamente en el niño, que se complace en los cuentos en que hablan el viento y los árboles y se casan las estrellas, sino en el adulto, que no puede sustraerse completamente á las influencias de las costumbres infantiles.

La idea de una voluntad como causa de los fenómenos del mundo, y por consiguiente la creencia en un dios ó en dioses personales no es más que una parte de la religión; ésta, en efecto, no limita á la naturaleza sus ensayos de aplicación, se extiende también al hombre y al lugar que ocupa en el mundo. A las ideas religiosas pertenece igualmente la del alma humana y su supervivencia después de la muerte. La creencia

en la inmortalidad es el complemento de la de Dios, y ambas forman un vasto sistema sobre el que se ha establecido un orden social y una moral; porque además de una definición precisa del bien y del mal y una distinción exacta entre la virtud y el vicio, ha señalado una recompensa y un castigo futuros, unidos á la inmortalidad del individuo con sus atributos esenciales: la sensación y la razón. Sin embargo, la creencia en el alma y en su inmortalidad no se funda en la causalidad ni en el antropomorfismo.

Mucho se ha discutido sobre si la creencia del alma y de su inmortalidad es anterior ó no á la de Dios; pero esto es secundario. Lo cierto es que el hombre dió pronto en esa creencia, fundándose en una observación inexacta de la naturaleza: cuando vió que los latidos del corazón y las pulsaciones de las arterias desaparecían en el cadáver, dedujo que lo que en el vivo se muere y se agita es la causa de la vida; cuando se vive, *eso* se agita; cuando se muere, *eso* se va, abandona el cuerpo. ¿Pero qué es *eso*? Una paloma, una mariposa, un soplo, una sombra, según la imaginación de los hombres de diversos países y grados de civilización, apoyados en la observación de los fenómenos inexplicables del sueño.

Ese misterioso habitante del cuerpo humano puede ser anterior al cuerpo que habita, puede nacer con él, pero no morir; eso es incomprendible para el hombre primitivo. Lo que en el hombre piensa es su *yo*; sin *yo* no hay pensamiento, ni idea, ni aun sensación, y por lo tanto la nada ha concebido ese *yo* que se siente á sí mismo, y esta simultaneidad constituye un obstáculo insuperable á la idea real y clara de la nada. Para tener idea clara de ello sería preciso que el *yo* cesase un instante de sentirse existente, pero entonces tampoco podrá pensar en la nada: es un círculo vicioso de que el hombre no puede salir. Sólo por maravillas de abstracción, la filosofía india ha llegado á la idea del *nirvana*, del anonadamiento absoluto, de la ausencia de materia y movimiento. Y aun pase la nada, la desaparición del universo y hasta del *yo*; pero desaparecer el *yo* y continuar el mundo repugna al hombre de un modo irresistible.

Aunque nos sumerjamos en un mar de palabras, carecemos de una idea de la nada y del infinito, que si las hemos podido combinar en ciertas fórmulas no hemos podido introducirlas en nuestro cerebro. Y si el hombre civilizado sólo puede tener un vago presentimiento de la nada y del infinito, claro es que el hombre primitivo se encontraba imposibilitado de realizar tan sobrehumano trabajo. Si la idea de la nada es incoercible para el hombre, la de la duración eterna del *yo* era espontánea; se imponía la idea grosera de la resurrección de los muertos y la más sutil de una inmortalidad del alma con los atributos intelectuales del individuo: la voluntad, la sensibilidad y el pensamiento.

En esas razones se apoya esta afirmación hecha anteriormente: la religión es una debilidad funcional debida á la imperfección de nuestro órgano pensante y una de las formas de nuestra naturaleza limitada.

En la esfera de lo inconsciente, la superstición primitiva continúa

obrando, gracias á la ley de herencia. La herencia viene á ser respecto de la especie lo que la memoria es para el individuo. En cada sér viven las ideas de los antepasados bajo la forma de recuerdos frecuentemente inconscientes ú oscurecidos, pero siempre presentes, bastando un impulso exterior para manifestarse y dominarle; y tan impotentes somos para sustraernos á su yugo como de determinar los rasgos de nuestra fisonomía y la forma de nuestro cuerpo. Así se explica la superstición que, independientemente de la voluntad, se manifiesta aun en personas de ilustración excepcional, y los movimientos de sentimentalismo religioso á que están sujetos en particular los poetas, porque en ellos la herencia tiene una importancia preponderante. Esta fuente de ideas suprasensibles se agotará poco á poco por el trabajo acumulado de numerosísimas generaciones; se necesitarán miles de siglos para que el hombre venga inclinado por nacimiento á considerar los fenómenos del mundo y de la vida de una manera científica y racional; cien generaciones le habrán precedido en esta vía (1). Si nosotros vivimos inclinados á considerar los fenómenos de una manera supersticiosa é irracional es porque, no cien generaciones, sino cien mil quizás, han tenido antes que nosotros un método vicioso de pensamiento.

A las causas principales que quedan enumeradas hay que añadir otras que, incapaces por sí solas de producir la idea de un dios y de un alma inmortal, contribuyen poderosamente á su conservación. Una de estas es la cobardía natural del hombre, que en general se siente débil por sí mismo para afrontar los peligros de la lucha por la existencia, y necesita sentirse apoyado por la fuerza de la masa de sus iguales y por la protección particular de un dios ó de un ángel de la guarda; son muchos los que para luchar quieren oír las voces de mando de los que dirigen y piensan por ellos, y se apoyan en la fe y se sirven de la oración como de un poderoso escudo; rara vez produce la humanidad hombres á quienes el sentimiento de la propia fuerza y la alta conciencia de sí mismos les impulse á destacarse en la lucha por su propia personalidad, y estos hombres excepcionales ocupan siempre lugar preferente en la historia.

Otra causa secundaria de la persistencia de los sentimientos religiosos es la necesidad de un ideal que permanece indeleble en el alma de cada hombre, aun del más grosero. El ideal es el tipo lejano según el cual la humanidad se desenvuelve y se perfecciona, no solamente bajo el aspecto corpóreo, sino también respecto del moral, intelectual y social. La tendencia y la aspiración hacia ese ideal es innata en todo individuo normalmente constituido; es un hecho orgánico cuya conciencia no

(1) Aunque respetamos el valor científico de las afirmaciones del autor sobre la herencia, no podemos en manera alguna aceptar el pesimismo que sustenta. Max Nordau atribuye la influencia hereditaria sólo á la superstición, y desconoce la que en la transición del error á la ciencia puede ejercer la duda, el escepticismo y las convicciones científicas individuales, cada día más numerosas, todo lo cual constituyen atenuantes importantísimos á la transmisión hereditaria de la superstición, y acerca el periodo del dominio absoluto de la ciencia.

siempre se manifiesta, y que aun en los más ilustres pensadores suele ofrecer un lado inconsciente, y que si en alguno de éstos llega alguna vez á ser conocido, queda en el vulgo como un presentimiento vago, como un deseo ardiente de elevar su propia dignidad. El hombre privilegiado por la naturaleza ó por la sociedad tiene mil medios de satisfacer esa necesidad sin salir de su gabinete de trabajo por medio del estudio; pero el hombre del pueblo, privado de instrucción y reducido al duro trabajo y á las estrecheces del salario y de la miseria, sólo tiene el domingo, que significa para él, no sólo el reposo corporal, sino la satisfacción de los goces espirituales: el templo, el sacerdote, la ceremonia religiosa, la comunión de los fieles le asocian á actos é ideas que satisfacen sus necesidades morales, y esto le sujeta á la fe, y persistirá en tanto que la nueva civilización ofrezca una compensación correspondiente. Esta compensación empieza ya á manifestarse por los espectáculos públicos, por las sociedades, por los casinos, por las bibliotecas, por las conferencias, por las reuniones públicas y por las agitaciones políticas y sociales; y en la civilización futura hasta el hombre más ínfimo verá su propia vida ligada á la vida común; en las fiestas de la ciencia, del arte, del pensamiento y de la humanidad se ensanchará el estrecho horizonte individual hasta los extensísimos límites de la especie, todos y cada uno de los individuos alcanzará el mayor desenvolvimiento posible y se posesionarán con perfecta evidencia del ideal de la humanidad.

*

Lo expuesto no deja lugar á dudas. La necesidad que tienen los hombres de excitaciones intelectuales elevadas, de un ideal, de un consuelo inmediato y de una protección quimérica y misteriosa, no es fingida, es real y positiva. La sujeción á esas ideas no es en la mayoría de los hombres una ilusión ni una mentira, sino una debilidad, un mal crónico, una costumbre de que no pueden despojarse, un sentimentalismo poético que se oculta piadosamente al análisis razonable. Por mentira religiosa debe entenderse el respeto que los hombres que se hallan á la altura de la civilización conceden á las religiones positivas, á sus artículos de fe, á sus instituciones, á sus ceremonias, á sus símbolos y á sus sacerdotes.

Semejante respeto es una mentira y una hipocresía cuya enormidad no cubre las caras de una vergüenza perpetua porque la mayor parte de las cosas se hacen sin reflexión, sin comprenderse su significado. Por pura rutina se va á la iglesia, se saluda al cura ó se admira la Biblia; maquinalmente se toma parte en el culto con aspecto devoto, y todos se guardan de decir con franqueza la indigna traición que por esos actos se comete contra las propias convicciones y contra todo lo que se reconoce como verdad.

La ciencia histórica enseña que la Biblia es una colección de escritos tan diferentes de origen, de carácter y de contenido como lo sería un libro que contuviese, por ejemplo, el poema de los *Nibelungen*, un código de procedimiento civil, discursos de Mirabeau, poesías de Heine

y un método zoológico, todo mezclado al azar y reunido en un volumen; distínguense en ese caos supersticiones de la antigua Palestina, reminiscencias de fábulas indias y persas, imitaciones mal comprendidas de doctrinas y de usos egipcios, crónicas áridas y falsas, poesías humanas, eróticas ó patrióticas en las que á falta de bellezas se encuentra afectación, grosería, mal gusto y un sensualismo completamente oriental. Como monumento literario es más joven que los Vedas y una parte de los Kings; como valor poético es inferior á cuanto los poetas de segundo orden han creado en los últimos dos mil años, y la comparación con las soberbias producciones de Homero, Sófocles, Dante, Sakespeare ó Goethe sólo podría ocurrírsele á un fanático falto de sentido común. Las nociones que nos da la Biblia sobre el mundo son puramente infantiles, y su moral es repugnante. Y sin embargo, hombres de superior entendimiento y de gran ilustración para comprender todo eso, fingen un respeto sin límites hacia ese librote, y se ofenden cuando se habla de él con entera libertad, y forman poderosas sociedades para esparcir ese libro por millones de ejemplares en todo el mundo.

Las liturgias de todas las religiones positivas reposan sobre ideas y costumbres de la primitiva barbarie, y los hombres del siglo xix ponen cara devota y hacen genuflexiones, gestos, ceremonias y guardan preceptos imaginados por hombres de la edad de piedra ó de bronce, en las riberas del Nilo ó del Ganges, hace miles de años, para dar forma sensible á las ideas del más grosero paganismo sobre el origen del mundo y la fuerza que le rige.

Cuanto más se profundiza esta indigna farsa y más se cae en la cuenta del grotesco contraste entre la civilización de nuestra época y las religiones positivas, más dificultad hay en hablar de ello con calma. La contradicción es tan monstruosa, que la crítica no alcanza á desvanecer esas montañas de errores y mentiras; sólo el ridículo, la risa de Rabelais ó el tintero lanzado con ira por un nuevo Lutero podrían ponerle término.

Tomemos algunos ejemplos al azar: Usan los diplomáticos de amenazas y corrupciones para determinar á los cardenales á nombrar á un papa de su preferencia, y cuando laboriosas intrigas han llegado á un resultado, esos mismos diplomáticos reconocen al papa como el elegido por el Espíritu-Santo para sucesor de San Pedro. Los gobiernos sostienen representantes cerca de un hombre cuya misión consiste en proporcionar santos á Dios, asegurar á las almas de los hombres recompensas en el cielo y librar á los pecadores de una combustión póstuma; celebran con él tratados reconociendo solemnemente que posee en efecto una influencia particular cerca de Dios, que ejerce una parte del poder de éste sobre la naturaleza y la humanidad, y que á personaje tan poderoso se deben consideraciones y respetos excepcionales, y esos mismos gobiernos no tienen escrúpulo en enviar expediciones al interior del Africa y burlarse de un mago negro que les amenazase con la cólera de un fetiche del cual es predilecto consejero y favorito.

Cada acto religioso particular es una farsa culpable y una indigna sátira cuando se ejerce por un hombre ilustrado del siglo xix. El que se hace aspersiones de agua bendita, reconoce que algunas palabras pronunciadas sobre este agua por un cura con acompañamiento de ciertos gestos le han cambiado su esencia, en tanto que el análisis químico manifiesta que entre ese agua y otro cualquiera no hay más diferencia que la limpieza. Se reza, se hacen genuflexiones, se asiste á misa y á los oficios divinos y se admite también que hay un dios á quien todo eso, más el perfume del incienso y el sonido del órgano, le causa complacencia; pero todo debe sujetarse á determinado ceremonial y practicarse por hombres vestidos de una manera tan extraña como ningún hombre razonable se atrevería á usar. Atribúyese á Dios, no sólo la vanidad de escuchar los cumplidos, alabanzas, adulaciones, de querer que se pondere su grandeza, su sabiduría, su bondad, etc., y á esta vanidad junta el capricho de no aceptar esas alabanzas y cumplidos sino en una única y determinada forma. ¡Y los hijos del siglo de la ciencia afectan respeto por las liturgias y no pueden sufrir que se traten esas bufonerías con el desprecio que merecen!

La mentira religiosa de la comunidad es mucho más insoportable y repugnante aún que la del individuo. Puede un ciudadano que pertenece á una religión positiva haber perdido la fe en particular y reconocer inútil y falsa la máquina religiosa, pero como miembro de la comunidad hará todo lo posible por conservarla.

La ciencia niega la religión y la religión excomulga á la ciencia, y entre tanto el Estado paga y da facultad á los profesores para que enseñen las ciencias exactas y paga también á los profesores de teología para que las anatematicen, lo que constituye los dos polos de la contradicción y es base de una serie inmensa de ridículas consecuencias.

En China amenaza el gobierno á un dios con la destitución cuando no tiene en cuenta ciertas necesidades del país, y sin embargo se le dan solemnemente gracias cuando se supone que en una circunstancia determinada ha prestado al pueblo su apoyo especial. Los gobiernos europeos que decretan un *Te-Deum* después de una victoria ó de la desaparición de una epidemia y que se guardarían de expresar su descontento á Dios por haber faltado á sus deberes son, pues, menos lógicos que los chinos.

Es imposible extenderse á todos los detalles que alcanza la mentira religiosa. Esa mentira penetra y desnaturaliza toda nuestra existencia pública y privada. Miente el Estado cuando ordena plegarias públicas, cuando nombra sacerdotes y cuando llama al Senado á los príncipes de la Iglesia; miéntese cuando se edifican iglesias; miente el juez cuando condena por sacrilegio ó por ofensa á las asociaciones religiosas; miente el cura, hijo del tiempo moderno, cuando cobra por actos y palabras que sabe no pasan de ridículas tonterías; miente el ciudadano emancipado cuando afecta respeto hacia el cura, cuando comulga ó hace bautizar á sus hijos. En el seno de nuestra civilización existen aún viejas

formas del culto que, en parte, se remontan al mundo primitivo; eso es monstruoso, y el lugar que entre nosotros ocupa el cura, equivalente europeo del curandero de América y del *almany* de Africa, es un insolente triunfo de la cobardía, de la hipocresía y de la pereza intelectual sobre la verdad y la firmeza de los principios; ese triunfo basta para caracterizar nuestra civilización como embustera, y nuestras formas políticas y sociales como imposibles de sostener.

LA REACCIÓN EN LA REVOLUCIÓN

II

LA revolución, derivándose, como hemos visto, de una serie de transformaciones sucesivas en el orden de las ideas y de las cosas, á través de la penosa labor de los siglos, aparece en nuestra época amparada de la negación final de todo gobierno, la *anarquía*.

De la misma manera que la idea religiosa ha revestido todas las formas posibles, desde el politeísmo y el panteísmo hasta el monoteísmo católico y el deísmo filosófico, para venir á reducirse á la negación de sí misma por el espíritu positivista y ateo de nuestros tiempos; así la revolución, sujeta en un principio á todos los errores y preocupaciones de la falsa idea de unidad y gobierno, aprisionada y corrompida por la mixtura gubernamental y reaccionaria, pretende hoy emanciparse, regenerarse, purificarse, por decirlo así, reduciéndose á la negación absoluta de todo principio de gobierno.

Gobierno unipersonal, gobierno popular, gobierno directo, monarquía, república, dictadura, son formas todas que la revolución rechaza enérgicamente como una sola y misma afirmación reaccionaria, la *autoridad*. Allí donde el hombre no basta á gobernarse á sí mismo, donde se juzga necesario el poder de uno ó más individuos que reglamente la vida de los demás, donde se confía al todo el gobierno y régimen de la parte, donde una simple entidad metafísica, sin realidad tangible, llámese Estado, sociedad ó pueblo, se sobrepone á la unidad individuo y la subyuga, corrige y enmienda como cosa inferior y secundaria, allí está la reacción en todo su apogeo, y la revolución la repele vigorosamente, buscando en la verdadera realidad humana, en la unidad social, racional y libre, el hombre, como hombre y como productor, la base única y efectiva de todo organismo económico, político ó sociológico.

¿Qué quiere, qué se propone la revolución? Una cosa tan solo, la Justicia. Pues bien: la Justicia no se comprende, no se explica, sin dos términos correlativos, la Libertad y la Igualdad.

¿Qué es el gobierno unipersonal? El privilegio de uno sobre los demás, la esclavitud de todos y la exaltación de uno; esto es, la reacción.

¿Qué significa, qué se propone la democracia gubernamental? El mejor derecho de unos cuantos á gobernar á las masas por obra y gracia de las mismas, y la desigualdad de un grupo y el resto de los ciudadanos en perjuicio de estos últimos; es decir, la legislación y el gobierno como antes; la reacción, por tanto.

¿Qué es el gobierno directo, esa nueva fórmula que pretende hacer á los pueblos dueños de sí mismos? Es la paradoja de la libertad, la autoridad de todos, de la masa anodina sobre cada uno, es la retrogradación al principio absolutista, es la monarquía primitiva convertida en dictadura democrática, mil veces más peligrosa, porque es el espejismo, la alucinación del sediento, la sirena halagadora que fascina, aprisiona y mata. Reacción, reacción, siempre reacción.

¡Fórmulas teológicas, metafísicas y políticas, engendros de cerebros enfermos que aniquiláis al hombre, alquimia con que se pretende corromper la ciencia verdadera, aquelarre de fanatismos y supersticiones sin cuento, la revolución os niega, la revolución os rechaza y pasa como fuego asolador sobre vosotros para no dejar tras sí rastro de vuestra nefanda existencia!

¡Huid, sombras del pasado; huid, abortos de la inteligencia humana! La razón, llama eternamente encendida, disipa las últimas tinieblas, y en donde la luz penetra todo lo inunda y lo purifica; y esa luz, esa razón, tiene un nombre grandioso, un nombre que da esperanzas é inspira horrores, que vigoriza á unos y aniquila á otros; un nombre, en fin, que es el compendio del pasado, del presente y del porvenir, la Revolución!

Perdido en el agitado mar de la legislación y la política, de la rutina y la reacción, navegan al azar los pueblos, sin rumbo ni norte fijo. Allá en las alturas impera el *justo medio*, y con él la prevaricación y el escándalo, la ambición y la concupiscencia. Abajo, en el fondo, entre la multitud de las masas, la indiferencia, el cansancio, la miseria y la degradación. El contagio se extiende y la epidemia lo invade todo. Pero observar que en medio de todo esto se agita, sordo y cauteloso, un espíritu de crítica y de rebelión que amenaza concluir con el estado actual de todas las cosas, un rumor de tempestad que se acerca, de avalancha terrible que va á destruir aquí y acullá cuanto á su paso encuentre. Nada está quieto ni seguro, nada hay sólido ni firme; todo se tambalea, todo es efímero é inestable. El espíritu mismo de las gentes es inquieto y adquiere cada vez mayores hábitos de revuelta: en el seno de los partidos se suceden sin interrupción las escisiones y desde los elementos más retrógrados hasta los más avanzados todos están minados por la rebelión; en las iglesias el dogma ó dogmas se hallan quebrantados y la fe como la política vive en medio de la tormenta de las pasiones; las escuelas filosóficas y metafísicas han introducido la confusión en todas partes y ya nadie se entiende y la subversión es general: ¡Satanás ha vencido á Dios! ¡El espíritu diabólico, la rebelión, es dueño del mundo! ¡La humanidad, cansada de adorar al Sér Supremo, se postra ante el ángel rebelde! Es decir, la libertad ha vencido y humillado á la autoridad y la Revolución lo es todo.

Observad todavía. Los elementos democráticos se agitan sin cesar por lo que ellos llaman revolución; pretenden subvertir el orden ficticio de nuestras sociedades y, no obstante sus esfuerzos desesperados, los pueblos permanecen indiferentes ante sus demandas y reciben con desdén

sus interesadas excitaciones. Es que los pueblos no ven ya la Revolución en el campo democrático y republicano, es que los pueblos entienden como el Sr. Pi y Margall que la *República es aún poder y tiranía* y como él y con él no se asustan, no se arredran ante la palabra *anarquía*, sino por el contrario, á pesar de su silencio posterior y de sus reservas injustificadas, sigue creyendo que todo sistema de gobierno es injusto y opresor, y ve tan sólo en la anarquía la seguridad de su libertad y la garantía de sus derechos.

La anarquía, pues, bajo este punto de vista, como principio de organización de las sociedades, representa en puridad la Revolución. En esta nueva fórmula del progreso humano no cabe la reacción porque aquélla significa la cesación de todo molde, de todo límite, de toda traba al desenvolvimiento de los seres y de los pueblos, y en ella y por ella puede verificarse tranquilamente toda modificación, toda reforma, todo cambio de lo existente sin que para ello se necesite apelar á la violencia, á la fuerza.

Es, por tanto, la anarquía el único principio que en sí mismo no contiene la reacción.

Ya hemos visto que el principio de gobierno, monárquico ó republicano, unitario ó federal, contiene siempre en mayor ó menor proporción el principio del retroceso ó del estacionamiento por lo menos.

De donde se deduce inmediatamente la superioridad filosófica y social de la anarquía para realizar los progresos humanos.

¿Podrá objetársenos que en la limitación que todo principio sufre al realizarse en la práctica, entre la anarquía por cualquier circunstancia en plena reacción? ¿Podrá argüírsenos que los elementos económicos de donde arranque la composición de la sociedad determine un retroceso, una vuelta á la autoridad y al privilegio?

Tal es el nuevo aspecto de la cuestión que debemos abordar de frente.

En principio la anarquía es la Revolución, ya lo hemos dicho. Es necesario demostrar como debe serlo y lo será en la práctica, y es necesario además poner de manifiesto, en tanto cuanto sea posible á un individuo, la manera, el modo como puede convertirse á la reacción.

La Revolución comprende dos términos indispensables: el mundo de las ideas y el de los hechos. La exclusión de cualquiera de ellos determinará siempre una reacción más ó menos poderosa, pero inevitable. No somos revolucionarios enamorados de la abstracción ni simples idólatras de la fuerza: somos revolucionarios en la más completa significación de la palabra, y por esto sin dudar y con toda la decisión necesaria vamos á acometer el problema que se nos ofrece al llegar á este punto.

Si cuanto dejamos dicho puede interesarnos á los que amamos la Revolución, es preciso comprender que en este instante nos importa más cuanto podamos decir unos y otros, porque se trata del supremo interés de la Revolución; es decir, de su triunfo.

Meditemos, que la experiencia nos enseña cada día nuestros errores y ella es fuente de verdad y de ciencia.—R. M.

COSAS DE ESPAÑA

MALA me la depara la suerte! Confiarme la misión de narrador de los acontecimientos ocurridos en nuestra desdichada región para que nada falte en ACRACIA, y empezar por fastidiarme, todo ha sido lo mismo. Y no es para menos la cosa; ya que he de dar comienzo á mis tareas dando cuenta de una verdadera infamia gubernamental.

Yo no sé qué razones de Estado habrá, que en esto no entiendo, para que tengan necesidad los gobernantes de vez en cuando de simular conspiraciones y tenebrosos planes. A no ser que sea para hacerse indispensables bajo pretexto de asegurar el orden, no concibo su razón. Y, por otra parte, gobiernos que se vean precisados á tamañas y sangrientas farsas, francamente no me convencen de su estabilidad y populares simpatías. Bien que yo nunca he podido ver espontáneos entusiasmos á favor de ningún gobierno. Pero no ahondemos, y al grano.

Todo el mundo sabe, y cuando lo sabe todo el mundo, debe saberlo muy bien el gobierno, que, á lo menos por ahora, malditas las ganas que tienen los anarquistas de entregarse á conspiraciones y peligrosas aventuras. Que todos los actos de la Federación Regional de los Trabajadores bien públicos son, y sus más grandes manifestaciones presididas suelen ser por delegados del gobierno.

Pues tan fundamentales razones no evitan que el día menos pensado un cacique cualquiera, un gobernador, un juez ó un simple guardia civil sorprenda ó finja sorprender agrupaciones ó individuos, con el socorrido pretexto de pertenecer á asociaciones ilícitas ó de concebir los más terribles propósitos.

Y aunque esto parezca una anomalía, una gran falta de sentido común y una gran torpeza política, lo cierto es que se dan espectáculos, que si no afectasen á la salud de muchos individuos y á la tranquilidad de muchas familias obreras, sería cosa de reirse á mandíbula batiente.

No hace mucho tiempo que, so pretexto de la *Mano negra*, mil veces menos temible que la *mano blanca*, se hizo pasar por las cárceles y por los tribunales de justicia á casi todos los miembros de las asociaciones de trabajadores de las provincias andaluzas, para venir al fin y á la postre á soltarlos con la consabida muletilla: «por no resultar comprobada su complicidad en el asunto que se persigue,» importando muy poco á los gobiernos el consiguiente trastorno y fatales consecuencias que se ocasionan.

Pues como si ridículo tan grande fuese poco, se nos descuelgan las autoridades ahora con el «gran descubrimiento de sociedades anarquistas en Grazalema y otras varias poblaciones, ocupándose documentos de importancia y comprobándose inmensas ramificaciones,» despachándose á su gusto la prensa, que cuando se trata de las víctimas del tanto por ciento, no le faltan palabras para aumentar la importancia del descubrimiento y recargar el cuadro con tan sombríos colores, que no parece sino que estábamos sobre un volcán á punto de formidable erupción.

Por las noticias que tenemos, los compañeros de Grazalema constituían simplemente el Consejo de Unión de la Federación de los Trabajadores del Campo, ocupándole la correspondencia que sostienen con las secciones, como es natural; y pesiguiendo después á varias sociedades de otros puntos é individuos por resultar relacionados con el Consejo de Unión citado.

Algunos periódicos, entre ellos algunos ministeriales, no pueden menos que significar, y aun decir muy claramente, que el asunto carece de toda importancia; y la opinión pública, que ya no se excita por nada, maldito el caso que ha hecho de esta ridícula comedia; tan contraproducente para los perjudicados como para el mismo gobierno. Porque si éste se propone con estos actos amedrentar á los que profesan las ideas anarquistas, ahí está la historia de estos últimos años que prueba lo contrario: primero la Internacional; segundo la Regional; persecuciones durante aquélla; idem con ésta; ayer aterrorizando toda la Andalucía y hoy repitiéndose lo mismo; y si así sigue tendrá que repetirlo todos los veranos en todas las provincias españolas, hasta que se fastidien los anarquistas lo bastante para importarles un comino ser perseguidos ó perseguidores.

Declarado han en todos los tonos que no quieren gastar pólvora en salva, que en la legalidad se colocan cuanto puedan, pero si tanto se empeñan los gobiernos en echarles de ella, ya se sabe lo que acontece: que cuando las ideas de justicia hallan albergue en íntegros cerebros, si se las hostiga, se agrandan hasta hacerse invencibles.

En cambio de lo que sucede con los anarquistas, como si fuera el reverso de la medalla, se hacen declaraciones carlistas y se cuentan qué sé yo cuántos batallones organizados para un momento dado, capaces para atemorizar á cualquier situación política, y no se sabe se haya tomado ninguna providencia gubernamental ni jurídica para contener á los seides del constante pretendiente, y la razón es obvia. Los carlistas son fuertes en la situación y fuera de ella. Es más, son excesivamente atrevidos y protegidos. Y como por desgracia lo que impera en el mundo es la fuerza y la farsa, se transige, y *pax vobis*.

Por otra parte, tratándose de partidos gubernamentales, todos tienen qué conceder y qué callar; porque hay cada inmoralidad que trata de tú al más pintado; y no me refiero á las inmoralidades de Cuba y de otras partes, las cuales no valen la pena de ser por nosotros tratadas: ya porque mientras haya gobiernos las habrá como lógica consecuencia del sistema; ya porque, aunque todos tengan el tejado de vidrio, la prensa de oposición se pavonea con estas cosas con todos los pelos y señales, que es una bendición de... pobres paganos trabajadores. Me refería, pues, á lo que conceptúo inmoralidades políticas, ó más claro, inconsecuencias políticas, tan abundantes, que muchas veces amanecemos con un hombre monárquico fervoroso, habiéndole dejado la víspera decidido republicano; mañana tenéis á uno con Zorrilla, y al siguiente día con Castellar, y después con Pi, y más tarde con el moro Muza, como inquieto

enfermo que no halla jamás la buena posición para descansar un rato; y siempre se halla á mano una justificación preciosa: «el interés de la libertad y de la patria.» Generosos protectores del bien público, que en sus incesantes evoluciones sólo buscan... yo no veo más sino que muchos suben, pocos bajan, y nosotros los paganos, tan complacientes, que da grima, por más que alguna vez haya tumultos y algún muerto y heridos, por no poder pagar los regalos que se hacen en nuestro nombre á los que por nosotros se desviven, como ha sucedido en no sé qué pueblo de la provincia de Burgos y otros lugares.

Decía, pues, que las inconsecuencias políticas están á la orden del día; y yo digo inconsecuencias con toda la inocencia del mundo, porque creo, es decir, creía que por más políticas que fuesen las ideas, lo que ya es grave mal, el que las profesaba lo hacía por convicción, por desinteresados principios. Pero veo que no es así, que en política no hay principios; sólo hay posturas, á punto de cambiarse siempre; y no hay necesidad de señalar á los que gobiernan, que parece que al fin se hallan bien con ésta que tanto conservan, sino á los mismos partidos de oposición, á los republicanos. Cada día leo cartas de don Fulano ó don Zutano que se pasa de partido ó de jefatura, por motivos que á mí me parece que debía saber antes del cambio. Pero ello no es así, y yo debo de ser un ganapán que no alcanzo á comprender la alta sabiduría de la gente política. Pero noto que me extiendo demasiado, y dejaremos este punto, á guisa de prólogo, para desarrollar en sucesivas revistas, que no faltará motivo para ello.

Por hoy en el terreno político hemos de dejar consignado que se ha roto la coalición republicana, yéndose á la greña zorrillistas y federales.

Hanse publicado manifiestos y cartas, diciendo tantas cosas que acaba uno por no saber nada. El documento que más ha llamado la pública atención ha sido el manifiesto de Pi, por cierto que no comprendo como la ha cautivado tanto, cuando en mi concepto no hace ninguna revelación de importancia, y sólo repite las censuras al orden existente exactamente las mismas de siempre; y todavía con alguna más templanza y con menos exposición de principios, notable en algunos otros documentos. En suma, crítica severa de la monarquía, y nada más; por lo que no merece la pena de ser reproducido ningún párrafo.

Se anuncia ahora el manifiesto de Zorrilla, del que no puede colegirse lo que será, ya que se espera la opinión de sus partidarios, y se habla de una amnistía á la que pueda acogerse el de los *puntos negros*, si le place, y de otras cosas más, que lo mismo podrá resultar una amenaza que una súplica; una nueva evolución (políticamente hablando, se entiende) que un toque á rebato.

Castelar sigue elogiando á Sagasta, y éste asegura que las reformas políticas serán un hecho en la próxima legislatura, con lo que quizás se abarate el pan y aumente el trabajo, salvo la contraria opinión de mis lectores, y á ella me atengo.

Lo de la conspiración separatista de Puerto-Rico resulta lo que supo-

nía yo para mis adentros, una *guasa* de gobernantes. Con menos bombo y platillos se habla de desembarcos en Cuba de *bandoleros* (así dicen los partes y en ello no puedo meterme) que pueden dar algo que sentir al gobierno; porque aquel país es muy propenso á agitaciones de trascendencia, y con eso de las inmoralidades cubanas se han dado quizás alas á los separatistas para emprender otra campaña, y... nada, que estaremos á la mira, porque la suerte de aquel país nos interesa.

Y ya que hablamos de posesiones españolas, debemos hacer constar que hay marejada de fondo en Filipinas, según refieren los periódicos, por ciertas inconveniencias de altos personajes. Como esto no nos va ni nos viene por ahora, lo dejamos á la prensa política que lo desmenuce, y si hubiere consecuencias dignas de mención para los lectores, ya se lo participaremos en el próximo número.

Tristes relatos insertan los periódicos de unos soldados muertos de hambre en las islas Palaos. Cuando pienso en aquellas manifestaciones patrioteras por las Carolinas, que no sabíamos casi que existieran, y ver con cuánto empeño, cuidado y vigilancia cuidamos de ellas, que cuatro soldados que mandan se mueren de hambre; vamos, que no compagino uno y otro celo. ¡Y qué artificiales son los arranques patrióticos! En fin que los caprichos políticos son así; y soldados más ó menos, lo que dijo Espronceda: «Que haya un cadáver más, qué importa al mundo.»

En cambio fraternizamos en Marruecos con el Sultán; ¿á quien se ha de beneficiar y á quienes se ha de sacrificar? decís. Nada de esto. La prensa toda y el gobierno sostiene que nuestro porvenir está en Africa. ¡Y yo que pensaba que ya formábamos parte de ella!...

Pero volvamos á nuestra región. Una cosa que puede interesar á los obreros bajo el punto de vista del trabajo es la Exposición Universal que tendrá lugar en Barcelona, mediante abundantes sumas. Mucho se ha discutido respecto á su realización, siendo lo más notable el documento que ha publicado el *Centre Catalá* de Barcelona, en el que se demuestra como dos y dos son cuatro, que la Exposición será el parto de los montes. Como lo primero que ha de faltar es dinero, bueno es que lo tengan presente los trabajadores para el cobro de sus jornales. No sea que se les pague en *bonos*, realizables á ignoradas fechas.

El verano ha probado bien á nuestra burguesía: las playas del Cantábrico han sido el punto de reunión de los privilegiados madrileños, y con las brisas del otoño vuelven á los Madriles á dedicarse á sus respectivas industrias.

Como detalle de lo excelente y magnífica que es la presente sociedad, y para terminar, recomendamos la lectura de unos artículos de *La Publicidad* titulados *Casas de dormir*, en los que, aparte de muchos curiosos y terribles relatos, se afirma que en Barcelona vagan errantes, sin hogar ni medios de subsistencia MÁS DE MIL NIÑOS de ambos sexos; unos abandonados por sus padres y otros por no tenerlos. Son reseñas edificantes, que prueban que nosotros somos unos *iluminados* en quejarnos y en procurar el triunfo de la justicia.—P.

REVISTA POLÍTICA INTERNACIONAL

Aplazamiento de la guerra.—Fanfarronadas de las naciones en ella interesadas.—Apatía de Francia y Rusia.—Triunfo momentáneo de Bismark.—Indiferencia del Socialismo por unas ú otras naciones.—Un consejo á Francia.—Breve ojeada general.

A pesar del más ardoroso deseo por la guerra, que se observa desde el mes pasado entra las naciones juradas, ó más propiamente interesadas en ella, ésta no se presenta aún, contra lo que era de esperar, como inminente ó inmediata. Esas naciones, por hoy, no hacen sino lo que han hecho siempre: jugar á los soldados, custodiando entre tanto los intereses locales de la burguesía—confiados normalmente á ellos.—Y si movilizan sus ejércitos y los pasean por el país, y se adiestran los generales que los dirigen en el manejo rápido de aquellas inmensas masas de carne—aunque sea con intenciones de traspasar un día las fronteras;—y perfeccionan su táctica, sus armas y máquinas de guerra, aplicando á ellas los adelantos físico-naturales más modernos y mortíferos, y afinan la puntería, y se observan y vigilan cautelosamente, es sólo para enseñarse los dientes, pero sin hincarlos más que en sus propios presupuestos.

Esperábamos, sin embargo, que la proclamación del príncipe de Coburgo en Bulgaria sería la gota de agua que hiciera rebosar el vaso; pero no ha sido así. Francia y Rusia, contra lo que presumíamos, no han protestado con las armas contra esta provocación austro-alemana, acaso porque no estaban á la sazón tan estrechamente unidas y preparadas como parecía; y, sobre todo Francia, creemos que tocará bien pronto las consecuencias de su negligencia—si negligencia es—en no contestar á tiempo á esta jugada, declarada de ataque con descaro por Alemania, mayormente si presto no se sacude de encima la actual política interior del país, reemplazándola con otra más adecuada á las circunstancias y más conforme á sus intereses y espíritu nacional.

Entre tanto, el canciller ha logrado lo que quería, y lo ha logrado sin riesgo: ha convertido en provincia austro-húngara un territorio casi ruso, con lo cual ha reforzado el Centro, y entre él é Inglaterra mantienen indecisa á Turquía, que, desangrada y desconfiando de todo, no sabe qué partido tomar; en Occidente veja á Francia todos los días, la hiere en lo más íntimo de su amor propio, y entre halagos y amenazas, imprime en ella una política determinada, abiertamente contraria á sus intereses, y la deja sola y sin prestigio entre las naciones de su misma raza. Con razón, en su reciente entrevista con el conde Kalnoky ha podido decir á éste en voz baja:

—Desde aquí hasta el Estrecho, todo es nuestro.

Añadiendo luego sarcásticamente en alta voz, con la mirada fija en Francia:

—La paz está asegurada.

No porque importe á los intereses del socialismo la preponderancia de unas naciones sobre otras; que éstos ya sabemos han crecido principalmente dentro de las naciones más poderosas, cualquiera que haya sido

su política y su raza; y el proletariado, vencedor ó vencido en las luchas burguesas, se da siempre la mano de amigo, cualquiera que sea la nacionalidad que se le imponga. Pero en esta ocasión desearíamos que Bismark no se saliera con su intento de localizar la guerra para después derrotar á Francia aislada por su propia cuenta. Esta tendencia del canciller, que la ve todo el mundo, parece increíble que se escape á la diplomacia francesa, y no trate de contrarrestarla haciéndose simpática á los pueblos de su mismo origen, empleando todo su poder en derribar á esos gobiernos, hechura de Alemania, para después poder hacer frente á los colosos del Norte. Hoy más que nunca, hay que buscar las fuerzas en la asociación de ideas é intereses para conseguir su predominio. Si este trabajo emprendiera Francia, seguros estamos que la paz, esa paz á que ha aludido con sarcasmo el canciller, sería la guerra, y lejos de ser suyo cuanto desde Friedrichsruhe se divisa hasta el Estrecho, debería limitar su ambición al dominio de un pequeño rincón no más del corazón de Europa.

Engolfado el gobierno austro-húngaro en esos arduos asuntos diplomáticos á que le obliga la actitud amenazadora de Rusia, no ve sino á medias que en su propia casa crece poderosísimo el partido socialista. Estos días, en un importante Congreso internacional, ha hecho gala de poseer vastos y trascendentales principios sociológicos, de los que la prensa se ha ocupado con especial atención, demostrando también que posee una organización fuerte, pronta á obrar en el sentido que las circunstancias exijan. Así al menos lo han expresado algunos periódicos y los hombres más importantes del partido, que allí, como en Alemania, y en otras partes está cargando la mina que ha de volar la balumba de gobiernos á caza de aventuras, el día menos pensado.

Y si dirigimos los ojos á Inglaterra, vemos que ésta no puede menos de preocuparse también por la cuestión de Irlanda. El pueblo obrero no cesa, ni cesará hasta ver emancipada su patria de la tutela política y económica de Inglaterra. Pero sentimos que tan fiera actitud, tantos esfuerzos heroicos y humanos sacrificios, tengan por móvil una causa tan mezquina, cual es el triunfo del caciquismo político local, hoy intervenido por la metrópoli, la redención de la propiedad, que no va á ser para él, sino para la clase media, y la independencia de un clero católico y fanático. Pero bueno es enseñar al mundo lo que podrá y será capaz de hacer el trabajador cuando de conquistar su bienestar se trate.—H.

P. S.—El último escandaloso incidente ocurrido en la frontera franco-alemana el sábado, 24, prueba que no vamos equivocados en nuestras apreciaciones acerca de la situación crítica de Francia. Esa serie no interrumpida de hechos permite suponer en Alemania determinados propósitos, mejor que un celo exagerado en el cumplimiento de su deber por parte de los soldados guardadores de aquella frontera; y por tanto, creemos ha sonado la hora de que la nación vecina medite sobre los mismos y obre según la gravedad del caso, antes de que la opinión pública se

entregue á impresiones demasiado vivas y dolorosas, que el tiempo se encargaría de borrar ó de ridiculizar, cuando á éstos sobreviniesen otros hechos, tanto ó más provocadores, que á la postre la habrían de conducir también á soluciones extremas. ¿Lo hará? Pondrá siquiera ahora coto á esas demasías? No lo sabemos. Este es su deber.

LOS AFORTUNADOS OBREROS

La ganancia del empresario y el interés del capital han disminuído; el salario sigue siendo el mismo, habiendo aumentado su valor por la baja sufrida por los precios de los alimentos... Nunca había disfrutado el obrero de tan buena posición como el obrero alemán de hoy en comparación á la riqueza general de la nación.»

Así exclama con amargura la *Gaceta de Colonia*, al ver como la gabela de los burgueses disminuye á costa de los beneficios que, según sus cuentas, van realizando los obreros.

El «Parte anual de la Cámara de Comercio de Planen,» que acaba de publicarse, contiene interesantes datos sobre el término medio de los ingresos de los contribuyentes del distrito, y sirven como de violenta ilustración de las exclamaciones del citada colega.

Espanta la pequeñez de las cifras que nos presentan dice la *Gaceta popular de Berlín*, cuando se piensa que en la cuenta de estos términos medios entran también los más ricos y que por otro lado hay un gran número de pobres que no entran porque su pobreza les exime de toda contribución, prescindiendo de que el *término medio* implica que un gran número de los comprendidos en el cálculo no llegan á ese término medio. Pues bien, hé aquí las cifras (de que damos los enteros rectificados, puesto que media peseta más ó menos al año no importa nada): El ingreso medio de los contribuyentes alcanza en Zwiokan 595 marcos (1 marco=1 peseta columnaria), en Markneukizchen 505, en Planen 450, en Olsnitz 441, en Auerbach 438, en Reichenbach 435, en Crimmitschan 412, en Werdan 406, y así bajando, bajando, en las demás 21 ciudades y villas, siendo la última Pausa, de 206 marcos (257 $\frac{1}{2}$ pesetas). Suponiendo que en las aldeas y pueblos pequeños no están peores las cosas, resulta que la *miseria* y el *hambre* se manifiestan en estos datos estadísticos semioficiales. ¡Ojalá el distrito de Planen fuera una excepción aislada! Desgraciadamente la Cámara de Comercio de Chemnitz no suministra datos mejores, los de la Silesia alta son peores y en Lausacia, Turingia, Franconia y muchos otros países de Alemania reinan las mismas condiciones lastimosas.

A pesar de todo esto dicen que el obrero alemán está hoy mejor que nunca en cuanto á su participación en la riqueza total de la nación.

Nunca se ha propalado con más descaro mayor falsedad que esta afirmación de la *Gaceta de Colonia*, lanzada por el órgano de Bismarck y apoyada por los radicales. El salario, lejos de permanecer el mismo, ha bajado, disminuyendo precisamente su «valor,» su poder comprador.

Lástima que no exista una estadística exacta de los salarios y precios, pero de los datos recogidos por las sociedades de oficios con el objeto de los seguros contra los accidentes resulta que el obrero que tiene trabajo continuo y trabaja realmente 300 días al año gana 2,15 pesetas al día. Faltan los datos para la comparación con años anteriores que sólo existen para algunos oficios, y es muy posible que en éstos los salarios hayan quedado estacionarios por causas especiales ó por ser tan bajos que ya no puedan bajar más.

En general, empero, los salarios van bajando continuamente, como han

demostrado, v. gr., los carpinteros en huelga de Magdeburgo, en cuya ciudad los precios por los trabajos de carpintería han descendido en 25 y aún 33 por 100 desde 1881. También es notorio que en los *talleres del Estado* hay continuamente reducciones del salario, lo que no sería posible si los salarios en general no mostraran tendencia á la baja.

El Municipio de Berlín mantenía, para la limpieza de las calles, en 1877 una brigada de 640 individuos con un jornal de 3,75 p.; en el presupuesto de 1887 á 1888 figuran:

422	individuos á pesetas	3,75	20	individuos á pesetas	2,50
70	—	3,15	55	—	1,90

A pesar del enorme aumento de la población ha disminuído el número de los barrenderos y bajado el término medio de su salario.

En cambio, dicen, ha bajado también el precio de las subsistencias; pero tampoco esto es verdad.

Es cierto que han disminuído los *gastos de producción* de las principales subsistencias, pero de que este descenso no aproveche á los obreros se cuidan por un lado los agrarios (proteccionistas de los agricultores), y por otro lado los usureros, propietarios y revendedores. Es innegable que un gran número de productos industriales se ha abarata-do, mas precisamente las subsistencias más importantes para el obrero, lejos de bajar, han *subido* de precio.

Veamos en primer término los *alquileres*, puesto que hoy día el obrero ha de gastar en alquiler de casa una parte desproporcionalmente grande de su salario, y en todos los centros industriales los alquileres van subiendo.

En Berlín hubo, según datos oficiales, el siguiente movimiento de los alquileres:

El 1.º de Abril de	1881	subieron el precio	3011	y bajaron	5392
—	1882	—	3160	—	3554
—	1883	—	3344	—	2516
—	1884	—	4778	—	2303
—	1885	—	11062	—	1703
—	1886	—	14533	—	1283
El 1.º de Octubre de	1886	—	17039	—	1226

¡Qué cifras tan favorables para los afortunados... obreros!

Para contraste compárese lo que les pasa á los pobres... capitalistas. De todas las fincas edificadas de Berlín han sido sometidas á subasta forzosa:

en 1878	—	3,5	por 100	en 1883	—	0,88	por 100
— 1879	—	3,23	—	— 1884	—	0,83	—
— 1880	—	2,85	—	— 1885	—	0,60	—
— 1881	—	1,76	—	— 1886	—	0,47	—
— 1882	—	1,19	—				

Se ve que, en efecto, las circunstancias han ido mejorando cada año para los pobres... propietarios. Es evidente que tiene razón la *Gaceta de la Alemania del Norte*, cuando dice que marchamos progresivamente hacia la nivelación social.

En cuanto á los alimentos, los de procedencia animal han subido de precio antes que descender. El pan ha bajado un poco, pero ni con mucho para compensar el aumento de alquiler, como tampoco el descenso del precio de los productos industriales equilibra el descenso del salario que sufre la gran mayoría de los trabajadores. Parece que el tronco de tres, radical-liberal-conservador, ignora por completo que recientemente en oficios enteros, v. gr. la zapatería y la encuadernación, los salarios han bajado hasta la mezquindad para la mayoría de los ocupados en los mismos.

El arriba mencionado salario medio de 2,15 pesetas es exacto solamente para los que tienen trabajo continuo, lo que no sucede á todos, como demuestra el hecho de que al principio de este año la bien organizada Asociación de *tipógrafos* tenía 3,000 de sus 15,000 socios sin trabajo, y en la *panadería*, según una «advertencia á los padres y tutores,» publicada por la Unión de panaderos y oficios asimilados, por 60,000 oficiales que trabajaban había 40,000 que carecían de trabajo.

(*Der Sozialdemokrat.*)

LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

V

HASTA ahora hemos considerado el trabajo bajo el punto de vista fisiológico solamente. Pero no debemos pasar por alto el hecho de que las facultades intelectuales del hombre toman parte en la producción, y que, por tanto, restringir el concepto del trabajo á su simple naturaleza física sería desconocer su poder intelectual, que juega probablemente un papel mucho más importante en la producción que dichas fuerzas físicas.

Podemos, pues, decir que el trabajo es la expresión de la suma total de todas las fuerzas, físicas, morales é intelectuales, concentradas en el hombre y aplicadas á la producción. La producción es el resultado del trabajo.

Sobre todos los demás animales, el hombre nace débil y sin poder para asegurarse todas aquellas cosas que le son indispensables para su preservación, así como también para la satisfacción de sus necesidades.

Mas al nacer trae también brazos é inteligencia, es decir, facultad de crear cuanto necesita.

Es el trabajo el que le facilita abrigo, alimento y vestidos. Es el trabajo también el que construye las ciudades, los canales, los ferro-carriles, buques y telégrafos.

Al trabajo debe el hombre el descubrimiento de las fuerzas y leyes de la naturaleza; la invención de las máquinas que le permite utilizar sus poderosas fuerzas y aún sojuzgar á los elementos.

El trabajo es tan esencial á la vida, que si los hombres dejasen de ocupar su tiempo en útiles empresas, vendrían á gastar su actividad en orgías brutales, en el vicio y en la degradación.

Toda la riqueza, todos los bienes son producto del trabajo. Natura hace crecer y madura los frutos de los árboles, y sin embargo, hay que cosecharlos antes de que lleguen á ser útiles. El acto de la cosecha ó recolección es trabajo y nadie puede gozar, disfrutar de las propiedades útiles del fruto, nadie puede consumirlo á menos que su propio trabajo ó el trabajo de otro se haya consagrado á recogerlo.

El agua que fluye en el río no puede ser utilizada hasta que el trabajo la hace llegar al sitio donde el uso la demanda.

Así, pues, como la naturaleza nos ofrece todas estas cosas en su forma más completa, el trabajo en cierto grado las reviste de la suma total de sus utilidades.

Los productos de la tierra han de ser subordinados por el trabajo antes de que una cosa sea suficientemente útil para ser en seguida dedicada al consumo.

Las fuerzas de la naturaleza, ayudadas por la tierra, producen la lana en la

piel de los corderos. En su estado primitivo es prácticamente inútil al hombre; pero una vez recogida, tejida y convertida por la fabricación en vestidos, ofrece al hombre la mayor utilidad posible, y es el trabajo, el trabajo únicamente, quien la reviste de esta utilidad. Mas en esta transición de su estado primitivo, la lana, á su última condición de vestido, ha experimentado una serie numerosa de manipulaciones en las cuales se han empleado herramientas, utensilios y máquinas, resultado de muchos siglos de descubrimientos, inventos y perfección. La maquinaria representa por sí misma un aumento incalculable de trabajo, á la vez intelectual y físico, que las generaciones pasadas han realizado.

El trabajo es, pues, la aplicación de nuestras fuerzas y nuestras inteligencias á las materias elaboradas por la naturaleza.

No ha creado la madera, la piedra ni los metales, pero sí los ha transformado dándoles caracteres particulares y utilidad. No ha creado ó inventado el vapor y la electricidad, pero los ha descubierto y aplicado. No crea ni hace crecer el grano y los frutos todos de la tierra, pero ayuda las fuerzas productivas de esa misma tierra.

Solamente puede reconocérsele como una industria. Dar forma á una piedra ó darla á la inteligencia de un sér humano son operaciones análogas; en cada caso aplicamos nuestra fuerza y nuestra inteligencia para modificar aquellas cosas cuya existencia nos es necesaria, pero en ningún caso aquellas materias á que se aplica el trabajo son creadas por el trabajo mismo.

El hombre debe ante todo saber trabajar, producir. La educación científica y profesional debe ser accesible á todos. Cualquier estado social que condene á una porción del pueblo á la ignorancia y á la miseria comete un acto suicida.

Cuanto más prácticos y teóricos al par son los conocimientos del hombre, mejor pueden contribuir al progreso de la industria, de la ciencia y del arte; en una palabra, es más grande su poder productivo. Todo hombre es útil á la sociedad, mientras que el ignorante y el degradado son verdaderas cargas para sí mismos y para la comunidad.

Hay, desgraciadamente, ciertos periodos en que los hombres, por muy bien dispuestos que se hallen para producir, no son capaces para aplicar su poder, á causa de sucesos originados por el miedo, etc., semejantemente á lo ocurrido con el gran sufrimiento de 1873.

Desde el momento que vemos que el hombre ejercita su actividad sobre la materia preparada por la naturaleza, que es común á todos; desde el momento que no es creación humana, debe ser del dominio de todos; por tanto, la tierra y todos los agentes naturales no pueden ser monopolizados injustamente por unos pocos, sino que deben pasar á ser posesión de los que acrecientan, por medio de dichos agentes, las riquezas del mundo y las comodidades de la Sociedad.

La palabra *trabajo* es tan diversamente entendida, que cuando los trabajadores hablan de ella, los capitalistas insisten en darle cierta significación que no intentamos ocultar ni hemos llegado nunca á comprender. Ayudará, por tanto, grandemente á nuestra causa dar á la palabra una interpretación bien definida. Así, pues, cuando decimos *trabajo* entiendo yo que significamos la aplicación de las fuerzas humanas (las físicas, intelectuales y morales combinadas) á la producción de algo que subvenga á las necesidades ó aumente la felicidad de nuestra especie.

No se puede suponer ligeramente que las facultades morales del hombre no juegan papel alguno en la realización del trabajo. Una breve reflexión nos convencerá de ello. Si no fuera así, no se vería al pueblo trabajar para producir aquello que le permite vivir y gozar.

Nosotros hemos visto viejos campesinos á la edad de 85 años, que esperaban la muerte de un momento á otro, plantando cuidadosamente, ingertando, regando los árboles frutales, cuyos productos no esperaban con entera evidencia moral gozar; no tenían niños, ni hombres, ni parentesco, ni amigos; ni se veían obligados á hacerlo por necesidad; tenían cuanto necesitaban ó esperaban necesitar, y sin embargo, todavía trabajaban, dando inocentemente como razón de su trabajo, cuando se les mencionaba la imposibilidad de recoger el fruto ó resultado del mismo, «que las generaciones futuras deberían disfrutarlo.»

Hay quien niega que las facultades morales son estimuladas juntamente con el trabajo; á éstos puede, bien considerado, desmentírseles más pronto. ¿Pensaba Humphrey Davy, sí ó no, que sería recompensado por su trabajo cuando se consagró á la construcción de su lámpara de seguridad? El se dispuso generosamente y en virtud de sus propias facultades morales á salvar las vidas de los desgraciados mineros, con tanta frecuencia sacrificados. Pensadlo bien, digo, y pronto hallaréis ejemplos innumerables.

La gran base de la humana naturaleza no es egoísta y sórdida; solamente la cúspide de la pirámide social es la gangrenada con la avaricia del oro.

Cuando las regiones productoras de seda en Francia se vieron azotadas por la devastación ocasionada por la enfermedad que atacó á los gusanos de seda, Pasteur, el célebre químico francés, consagró su experiencia, sus conocimientos, su genio y su trabajo al descubrimiento de las causas de tan grande mal y de su remedio. Trabajó con ahinco, y trabajó sin pensamiento, sin esperanza de recompensa ó de utilidad personal. Sus trabajos eran impulsados solamente por sus sentimientos morales. Vió la pobreza y la miseria que la destrucción de los gusanos de seda ocasionaba y ocasionaría después en los hogares de miles y miles de labradores franceses, y la vista de esta miseria sacudió su sensibilidad, su corazón, y con el amor y la generosidad que solamente pueden registrarse en los más nobles ejemplos de la humana naturaleza, se lanzó, impelido por un profundo sentimiento de humanidad, tras los medios de combatir aquella miseria y aquella pobreza. Sus constantes trabajos fueron coronados con el triunfo, y el hacer hoy, como lo hará siempre evidente que la moral es un factor en el resultado del trabajo.

«Un sentimiento de la naturaleza hace de todos los hombres hermanos.»

Lo mismo puede decirse del Dr. Déclat, que trabajó con tanto empeño en el descubrimiento de los antisépticos mientras luchaba en los hospitales de París.

No todos los hombres son profetas en su tierra, es verdad, y el valor verdadero de los trabajos de Déclat no fué reconocido, ni aún por fraternidad, hasta que, practicados con provecho en los hospitales de Londres, el sistema fué reconocido en París oficialmente.

En tanto continuaba los experimentos necesarios al descubrimiento de los antisépticos, su espíritu no se preocupó ni por un momento con la idea de ganancia ó recompensa; no se preguntó jamás interesadamente «¿me pagarán?»

Negar que las facultades morales juegan papel importante en la realización del trabajo es restringir la idea del mismo á límites ridículos, y nosotros sostenemos que el trabajo tanto es moral como intelectual y físico.

Es necesario también tener en cuenta la diferencia que existe entre el trabajo útil y el trabajo inútil. El banquero, el agente, todos dicen que trabajan mucho: concedido. Pero ¿es útil su trabajo? El ladrón trabaja fieramente para penetrar en una casa y robar; una cuadrilla completa de ladrones trabaja mucho, ya físicamente, como el carpintero, el herrero, etc., ya intelectualmente como el banquero, el terrateniente y el comerciante, y á nadie se le ha ocurrido ni por un instante que el ladrón realiza un trabajo útil. Por el contrario se considera realmente trabajo inútil. El forjador de moneda falsa trabaja física é intelectualmente para fabricarla é introducirla en la circulación general del dinero, y este es todavía trabajo inútil, innecesario, peor que inútil, dicen los banqueros. Ciertamente, señores nuestros; nosotros los trabajadores lo admitimos desde luego. Pero nosotros concebimos también que cuando un banquero recibe una letra girada sobre fondos que nunca existieron, de uno de sus asociados, y cuando esa letra comercial es endosada y obtenida con descuento, ese trabajo realizado así, es inútil, peor que inútil, como dicen ustedes, señores banqueros. En efecto, nosotros consideramos esa letra como moneda falsa que es, y reclamamos que si la ley (llamada impropriamente justicia), castiga al uno y lo aprisiona por su trabajo inútil, esa ley debe castigaros también, señores banqueros, por *vuestro* trabajo inútil.

Esta diferencia entre el trabajo útil y el inútil es la que establece la diferencia entre la miseria y la prosperidad, porque si todos los que están hoy ocupados en trabajos forzados é inútiles, consagrarán su actividad á la producción de lo útil, habría menos pobreza y menos necesidad; y cuando hablamos de la «organización del trabajo» nosotros entendemos por ello el buen uso de todas las fuerzas que hoy, siquiera sea parcialmente, se emplean de un modo impropio é inconveniente. Como medio de ilustrarme sobre el trabajo no productivo he visitado cárceles, arsenales, etc., donde hay presos condenados á trabajos forzados, y siempre los ví bajo la inspección de un celador pagado, moviendo pilas de piedra de un lado á otro y colocándolas de nuevo en su posición primitiva. Lo mismo presencié en otras cárceles con pilas de balas de cañón.

Hé aquí un ejemplo del buen sentido del llamado gobierno y una ilustración de la «majestad de la ley!» Si los mismos juristas no pueden distinguir el trabajo útil del trabajo inútil, no sigamos nosotros, como trabajadores, los pasos de sus errores ciegos, gastando nuestras fuerzas en lo que no es de utilidad alguna.

Es conveniente de seguro antes de terminar este asunto del elemento «trabajo» considerar la diferencia que hacemos, ó mejor, la distinción establecida entre el trabajo y la holganza burguesa (*drudgery*).

Hemos visto que los alimentos que consumimos producen nervios y fuerza muscular, que si no se gasta convierte al cuerpo en torpe y pesada masa. Este gasto de fuerza supérflua, cuando se aplica á la producción de lo útil, es lo que constituye el trabajo.

Para una persona propiamente educada y perfectamente equilibrada, este trabajo es un placer, porque contribuye juntamente á mantener su cuerpo en la salud más completa y hace la vida agradable. Pero cuando esta fuerza se ha gastado ya por completo y es necesario el reposo y el alimento para recuperar totalmente la fuerza gastada, continuar trabajando en la misma clase de trabajo es al principio molesto, después llega á ser penoso y hasta puede hacerse insoportable, y en este punto ya deja de ser trabajo y se convierte en faena vil, esclavitud.

Hay dos cosas que destruyen á los hombres y á los pueblos: la holganza y el trabajo excesivo. Los esclavos trabajan más de lo debido y se alimentan escasamente; los holgazanes se alimentan con exceso y abandonan el trabajo; el raquitismo y la pelagra se extienden entre los trabajadores, la escrófula y la gota entre los holgazanes.

Cada una de las naciones más industriales tiene esas dos plagas que la extinguen paulatinamente en sentido opuesto.

Inglaterra, que presume ser la primera raza, presenta con mayor evidencia un ejemplo de esto más patente que en cualquier otra nación. La decadencia en el desenvolvimiento físico de su población industrial en sus distritos manufactureros es evidente aun para el que lo observe por casualidad, como lo son también los ejemplos de asquerosa borrachera de la impotente y escrofulosa aristocracia inglesa.

Nada más que el trabajo de una nación puede asegurar su grandeza, su progreso y su estabilidad; la preservación y el aumento de sus fuerzas productoras es entonces una cuestión de la más alta importancia. Entender esto y asegurarlo es obra de la voluntad de los estadistas que tienen á su cargo la dirección de los negocios públicos. Desgraciadamente las naciones no tienen nada mejor que los políticos para dirigirlos.

Bajo el sistema industrial presente, hablar de evitar la esclavitud, el trabajo excesivo, parece ser utópico, pero nosotros entrevemos su posibilidad en lo futuro, y para no perder de vista esta esperanza trabajamos por reunir los medios que nos harán aptos para suprimir aquella esclavitud á que dejamos hecha referencia.

Es un hecho bien reconocido que hay un punto más allá del cual no es provechoso continuar el trabajo y que, si por el contrario, se sigue trabajando, una vez llegado á él, deja de dar un resultado remunerativo.

Las investigaciones estadísticas que el sistema industrial presente facilita en tan grande escala, no dejan duda alguna al conocimiento de cuáles son realmente esos límites en las diferentes industrias existentes.

Desgraciadamente el «derecho de la propiedad privada» impera todavía é impide el estado colectivo de la misma, por lo que tal información no deja lugar á un conocimiento positivo de ciertos fenómenos industriales, porque los fabricantes no permiten que las «oficinas del trabajo» de los diferentes Estados de esta República (1) examinen sus factorías y sus libros, y por tanto, tienen que llegar por vía de comparación á los resultados obtenidos. Sin embargo de ser tan limitadas estas investigaciones demuestran ciertos hechos.

En las factorías de algodones, donde las operaciones duran trece horas al día, se funda el hecho de que en todas las fabricaciones elaboradas durante las últimas horas no son tan buenas como las elaboradas en las primeras horas, y que por tanto resulta una cierta pérdida del trabajo realizado.

Hé ahí, pues, un hecho que demuestra que hay un límite para la potencia productora, pero no se demuestra cuál es este límite.

Algún tiempo há en las oficinas públicas de Washington, donde el trabajo

(1) En todos los Estados de la república norte-americana existen oficinas públicas destinadas á estudiar por medio de la estadística el desenvolvimiento de la producción y el estado de los trabajadores é industrias del país, cuyos resultados se publican anualmente y por cuenta del Estado convenientemente coleccionados.

A estas oficinas es á las que se refiere el autor.

de los empleados es calcular y adicionar cifras y números, se ha descubierto que los errores cometidos durante las últimas horas de su trabajo ocupan más de una hora al día siguiente para corregirlos. Hé ahí, pues, otra confirmación de que el trabajo puede ser prolongado, continuado hasta un cierto punto provechoso, y que nuestros esfuerzos deben encaminarse á determinar este punto en todas las industrias y clases de trabajo.

Nosotros comprendemos desde luego que esto tanto se aplica al trabajo intelectual como al físico. El trabajo de los tejedores puede clasificarse como físico, el de los empleados ó calculadores como intelectual, y ninguno de los dos puede llevarse más allá de un cierto punto sin caer en la esclavitud y el trabajo improductivo.

Sería interesante proseguir estas investigaciones y ver los resultados del trabajo, propiamente dicho,—trabajo productivo,—y el trabajo improductivo excesivo,—la esclavitud,—para la forma y el espíritu humanos; observando cómo el uno le ennoblece y el otro le degrada.

Sin embargo, no es este nuestro propósito por el momento. Basta llamar la atención sobre tales hechos, porque no podíamos ni debíamos omitirlos al tratar del elemento trabajo.

El progreso, el desenvolvimiento de la especie, depende del desarrollo integral de las facultades morales, intelectuales y físicas de la humanidad.

Nosotros creemos que queda bien determinado y probado que la tierra y el trabajo son los dos primeros elementos de la producción.

CÓMO VIVIMOS Y CÓMO PODRÍAMOS VIVIR

(Conclusión)

ENTRANDO más en los pormenores, sabido es que en la civilización todo individuo vale más, por decirlo así, que su pellejo; es decir, trabajando socialmente, como debe trabajar, puede producir más de lo necesario para mantenerse vivo y en buen estado, y esto ha sido durante muchos siglos, desde los tiempos en que las tribus guerreras empezaron á hacer esclavos á sus enemigos vencidos en vez de matarlos, y naturalmente su capacidad de producir excedente ha ido aumentando cada vez más hasta que hoy un individuo, por ejemplo, puede tejer tanta tela en una semana como bastaría para vestir toda una aldea por una serie de años; y el verdadero problema de la civilización ha sido siempre lo que haremos con esta producción excedente del trabajo, problema que el fantasma del temor al hambre y su compañero el deseo de dominio ha llevado á los hombres á resolver siempre de mala manera y peor tal vez en estos últimos tiempos en que el excedente de producción ha crecido con una rapidez tan prodigiosa. La contestación práctica ha sido siempre que el hombre ha de luchar con su prójimo por la posesión privada de una parte indebida de este exceso, y toda clase de artificios han sido empleados por aquellos que se encontraron en posesión del poder de quitarla á otros, para mantener á los que habían robado en sumisión perpetua, y estos últimos, como he indicado ya, no tenían medios de resistir este esquileo, mientras eran pocos y diseminados y por consiguiente podían sentir poco su opresión común. Pero ahora que, gracias á este mismo afán de ganancia ó participación indebida del exceso de producción, los hombres han venido á depender cada vez más uno de otro para la producción y han sido impelidos por este afán á unirse más completamente, la fuerza de los trabajadores, es decir, de la clase robada ó esquilada ha aumentado enormemente y no les falta más que comprender que poseen este poder.

Cuando hayan llegado á esto, podrán dar la verdadera contestación á la pregunta qué ha de hacerse con el extraproducto del trabajo más allá de lo que el trabajador necesita. Esta contestación es que el trabajador tendrá todo lo que produce, ó que no será esquilado de ninguna manera, y téngase presente que produce colectivamente, y por esto hará eficientemente el trabajo que se le pedirá según su capacidad, y del producto de este trabajo tendrá lo que necesite, puesto que no puede usar más de lo que necesita, puede solamente malgastarlo.

Si este arreglo os parece exageradamente ideal, como podría ser, considerando nuestro estado actual, lo apoyaré diciendo, que cuando los hombres estén organizados de modo que su trabajo no se malgaste, quedarán aliviados del temor de morir de hambre y del deseo de dominar, y tendrán la libertad y el tiempo de mirar lo que realmente necesitan. Pues bien, algo de esto lo concibo para mí mismo y voy á exponer mis ideas de modo que cada uno pueda compararlas con las suyas propias, rogando se tenga siempre presente que precisamente las diferencias en las capacidades y deseos de los hombres, después de satisfacerse la necesidad común de la alimentación y abrigo, facilitará la satisfacción de sus deseos en el estado comunal de las cosas. ¿Qué es, pues, lo que yo necesito y lo que las circunstancias en que vivo, mis tratos con mis prójimos pueden darme, prescindiendo de accidentes inevitables que la cooperación y previsión no pueden impedir, si realmente existen tales accidentes?

Ante todo exijo buena salud y declaro que una enorme proporción de gente civilizada apenas saben siquiera lo que esto significa. Sentir la vida por sí sola como placer, disfrutar por el movimiento de sus miembros y el ejercicio de sus facultades físicas, jugar, por decirlo así, con el sol, el viento y la lluvia, gozarse en la satisfacción de los apetitos físicos naturales de un animal humano sin temor de degradación ni idea de hacer mal; todo esto de estar bien formado, con los miembros derechos, de buena constitución, de cara expresiva, en una palabra, ser hermoso, es lo que pido también. Si este deseo no se nos puede satisfacer, seremos unos pobrecitos, después de todo, y pido esto en franca oposición contra aquellas terribles doctrinas de ascetismo que, nacidas de la desesperación de los oprimidos y degradados, se han empleado durante tantos siglos como instrumento para la continuación de esta opresión y degradación.

Creo que esta pretensión de un cuerpo sano para todos, lleva consigo todas las demás pretensiones debidas, pues, quién sabe por quién fueron sembrados primeramente las simientes de la enfermedad que padecen hasta la gente rica; tal vez por los excesos de algún antepasado, pero muchas veces, sospecho, por su pobreza. Y en cuanto á los pobres, he oído decir á un médico distinguido que éstos sufren siempre de una sola enfermedad, el hambre, y sé que cuando un hombre está cargado excesivamente de trabajo, no puede disfrutar la clase de salud de que hablo, ni puede, si está continuamente atado al mismo trabajo mecánico sin esperanza de salir del mismo, ni si vive en continua angustia por sus medios de vivir, ni si tiene mala vivienda, ni si está privado de todo disfrute de la belleza natural del mundo, ni si carece de diversión para vivificar la corriente de su espíritu de cuando en cuando: todas estas cosas que tocan más ó menos directamente su condición física, derivan de la pretensión que presento de vivir en buena salud; hasta sospecho que estas buenas condiciones deberán haber regido por unas cuantas generaciones antes que la población general será verdaderamente sana en el sentido indicado arriba; pero tampoco dudo

de que en el curso de los tiempos, en cooperación con otras condiciones de las que hablaremos luego, se criará gradualmente tal población sana que vivirá disfrutando la vida animal al menos y por lo tanto feliz y hermosa, conforme la hermosura de su raza.

Lo segundo que pido es la educación, y no me digáis que ya ahora todo niño inglés se educa, pues esta clase de educación no responde á mis deseos, si bien admito de buena gana que es algo; pero al fin y al cabo es solamente educación de clase; lo que yo pido es la educación liberal, es decir, facilidad de participar en todos los conocimientos que existen en el mundo, según mi capacidad ó inclinación y también de tener mi parte de habilidad manual, sea en las manipulaciones industriales, sea en las bellas artes, pintura, escultura, música, representación dramática y cosas por el estilo; pido que se me enseñe, si es posible, más de un arte para ejercerlo en beneficio de la comunidad.

También sé que esta demanda de educación implica la de ventajas públicas en forma de bibliotecas, escuelas, etc., tal como ningún particular, aún el más rico, puede tener á su disposición; estas cosas las pido muy confiadamente, estando seguro de que ninguna comunidad razonable podrá dispensarse de tener semejantes ayudas á una vida decente.

Por otra parte la petición de educación implica una demanda de abundante tiempo libre, que también presento con la seguridad de que se me conceda, pues cuando hayamos sacudido la esclavitud del ganancierismo, el trabajo se organizará tan sin despilfarro de tiempo que ningún individuo puede quedar con una carga pesada, teniendo cada uno que hacer alguna cosa obviamente útil. En la actualidad se observa que toda la asombrosa maquinaria que hemos inventado ha servido solamente para aumentar la cantidad de mercancías que traen ganancias, en otras palabras, para aumentar la ganancia que unos individuos se meten en el bolsillo para su propia ventaja, empleando una parte como capital para producir más ganancia con todo el despilfarro inherente, y parte como riqueza privada ó medios de vivir con lujo, lo que á su vez es puro despilfarro, pues, en efecto, ha de considerarse como una especie de fogatas en que los ricos queman el producto del trabajo que han robado á los trabajadores más allá de lo que pueden utilizar. Por esto digo que, á pesar de nuestras invenciones, bajo el sistema actual, la existencia de estas máquinas que llaman ahorradoras de trabajo, no hace que los trabajadores trabajen menos; pero cuando las cosas estén mejor arregladas servirán realmente para ahorrar trabajo, y el resultado será una cantidad enorme de tiempo libre para la comunidad.

Con respecto á este ocio puedo decir que como en ningún caso lo usaría para hacer mal á nadie, al contrario, haría muchas veces un bien positivo para la sociedad, practicando artes ú otras ocupaciones para mis manos ó cerebro que darían placer á muchos de mis compañeros; en otros términos, gran parte del mejor trabajo se haría precisamente en las horas de ocio, por hombres libres de toda angustia y deseosos de ejercer su talento especial, como por naturaleza desean todos los hombres y hasta todos los animales.

Este ocio me haría posible también darme gusto y espaciar mi mente viajando si me diera la gana, pues, si por ejemplo fuese zapatero y estuviera establecido el orden social, no estaría obligado á seguir toda la vida haciendo zapatos en el mismo lugar, sino que sería fácil arreglar las cosas de modo que pudiera hacer zapatos durante una temporada digamos en Roma y volver luego con nuevas ideas de construcción que tal vez podrían ser de alguna utilidad en Londres.

Por otra parte, para que mi ocio no degenera en ociosidad y haraganería, debo pedir que se me dé trabajo útil que hacer. Nada es más importante que esta demanda, sobre la cual me he de explicar con alguna extensión. He dicho que probablemente emplearía mi ocio en hacer mucho de lo que hoy se llama trabajo, pero es evidente que si soy individuo de una sociedad socialista, he de hacer la parte que me toque del trabajo pesado, si mi capacidad me lo hace posible, mi parte de aquel trabajo, absolutamente necesario para la existencia de una vida social por sencilla que fuere. Naturalmente debe ser trabajo razonable, es decir, trabajo cuya necesidad la comprende cualquiera y que, como individuo de la comunidad, he convenido en que debe hacerse. Para tomar dos ejemplos gráficos en sentido contrario, no me someteré á que me vistan de rojo y me embarquen para tirar contra los franceses ó alemanes ó árabes en una disputa que no entiendo; antes me rebelaré que hacer esto. Ni consentiré en malgastar mi tiempo y fuerzas para hacer alguna fruslería que sólo un loco puede desear; antes me sublevaré que hacer esto. Ciertamente en una sociedad bien ordenada no tendré necesidad de sublevarme contra semejantes sinrazones; hablo solamente desde el punto de vista de la manera como vivimos y como podríamos vivir. Por otra parte, si el trabajo razonable y necesario es del género mecánico, se me debe ayudar con una máquina, no para abaratar el trabajo, sino para invertir lo menos tiempo posible y para que pueda pensar en otras cosas mientras dirijo la máquina, y si el trabajo es especialmente rudo y cansado se me concederá que debe hacerse por turno, pues nadie podrá exigir-me que pase todas mis horas de trabajo siempre en el fondo de una mina de carbón. Pienso que semejante trabajo ha de ser principalmente trabajo voluntario y, como digo, hecho por turno; lo mismo puede decirse del trabajo sucio.

La última exigencia que tengo con respecto á mi trabajo es que los lugares en que lo he de hacer, sean fábricas, sean talleres, han de ser agradables, como son los campos en que se hace el trabajo más necesario que ningún otro. Creedme, no hay nada en el mundo que impida que esto sea así, prescindiendo de la necesidad de hacer ganancias, pues el hacer trabajar á la gente en cuevas sucias, ruidosas, insalubres, atestadas de gentes, sirve tan sólo para abaratar las mercancías á expensas de la vida del trabajador.

Baste esto con respecto á mis demandas; en cuanto á mi trabajo, necesario tributo á la comunidad, creo que á medida que adelantamos en la capacidad de practicar el orden social, encontraremos que la vida de esta manera resulta mucho menos dispendiosa de lo que ahora nos podemos figurar y que llegará pronto el tiempo en que la gente buscará el trabajo más bien que lo huirá, que nuestras horas de trabajo serán más bien horas de juego alegre de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, gozando en el trabajo que ahora se considera como pesada carga. Entonces habrá llegado la hora del renacimiento del arte de que tanto se habla y que tanto tarda en venir; las gentes no podrían dejar de expresar su alegría y placer en su trabajo y desearían siempre expresarlo de una manera tangible y más ó menos duradera y el taller sería otra vez una escuela de arte á cuyo influjo nadie podría sustraerse.

La palabra arte me conduce á mi última demanda, que es que todo el ambiente material de mi vida sea agradable, generoso y bello; sé que esto es pedir mucho, pero he de decir también que si no puede satisfacerse, si una sociedad civilizada no puede proporcionar tal ambiente á todos sus individuos, no tengo deseo que el mundo continúe, la existencia del hombre no es más que una calamidad. No me parece posible en las circunstancias actuales hablar de-

masiado fuerte sobre este asunto, estoy seguro que el tiempo vendrá en que parecerá difícil creer que una comunidad rica, con tanto dominio sobre la naturaleza externa, se haya resignado á vivir una vida tan baja, miserable, sucia como nosotros vivimos.

Y para decirlo de una vez para siempre, no hay nada en nuestras circunstancias que nos impela á vivir así sino la caza de la ganancia. Es el ganancierismo el que atrae á los hombres á esas enormes acumulaciones llamadas ciudades, el que nos amontona en barrios sin jardines ni espacios libres, el que no quiere tomar las precauciones más ordinarias para evitar que todo un distrito quede cubierto de espesa nube de humo sulfuroso, el que convierte los ríos hermosos en albañales sucios, el que condena á todos, menos los ricos, á vivir en casas estúpidamente estrechas y reducidas, á lo mejor y á lo peor en casas cuya miserabilidad no tiene nombre.

En cuanto á la necesidad ó conveniencia de que la gente bajo el orden social viva en común, podemos diferir bastante, según nuestras tendencias hacia la vida social. Por mi parte no veo por qué habríamos de considerar como duro el comer con la gente con que trabajamos; estoy seguro que con respecto á muchas cosas, como libros, valiosos cuadros y esplendor de los alrededores, encontraremos mejor juntar nuestros medios, y debo decir que muchas veces me da grima la estupidez de las bajas idióticas guaridas de conejos que los ricos se construyen en cualquier punto del campo, y me consuelo figurándome el noble palacio comunal del porvenir, en que no se habrá ahorrado material ni ornamento digno, representando los pensamientos más nobles de la época y del pasado, personificados en el mejor arte que puedan producir hombres libres y enérgicos, una habitación para el hombre como ninguna empresa particular podría llevar á cabo con respecto á la belleza y la conveniencia ó propiedad, porque solamente el pensamiento colectivo y la vida colectiva podrían concebir las aspiraciones que daría el nacimiento á su belleza ó tener la habilidad y el ocio para llevarlas á cabo. Yo por mi parte creería que fuera lo contrario de una pejiquera si tuviese que leer mis libros y encontrar á mis amigos en semejante punto, y no creo que estoy mejor viviendo en una casa estucada, vulgar, repleta de tapicería, que desprecio, degradante en todos los conceptos para la mente y enervante para el cuerpo, simplemente porque la llamo mi casa.

Antes de dejar este asunto de los ambientes de la vida, quiero responder á una objeción que podría hacerse. He hablado de la maquinaria que habría de usarse libremente para relevarnos de la parte más mecánica y repulsiva del trabajo necesario, y sé que para algunas personas cultas, personas de inclinaciones artísticas, la maquinaria es especialmente desagradable y dirán que el ambiente no será nunca agradable mientras uno esté rodeado de máquinas. Yo no admito esto; lo que perjudica la belleza de nuestra vida hoy día, es que dejamos á las máquinas ser nuestros amos en vez de nuestros sirvientes, en otros términos, es el indicio del terrible crimen que hemos cometido usando nuestro dominio de las fuerzas de la Naturaleza para esclavizar á la gente, sin tener en cuenta la felicidad de la vida que les robamos.

Con todo, para consuelo de los artistas, diré que creo, en efecto, que un estado de orden social nos conduciría probablemente al principio á un gran desarrollo de maquinaria para fines realmente útiles, porque las gentes tendrán deseo de acabar pronto con el trabajo necesario para mantener á la sociedad, pero luego encontrará que no hay tanto trabajo que hacer como creían y entonces tendrán tiempo de meditar el asunto otra vez, y si les parece que tal ó

cual industria podrá ejercerse más agradablemente á la mano que con la maquinaria, seguramente abandonarán las máquinas. Esto no es posible ahora, porque somos los esclavos de los monstruos que hemos creado. Tengo cierta esperanza de que la misma elaboración de la maquinaria en una sociedad que no tiene por objetivo multiplicar el trabajo como sucede ahora, sino de llevar una vida tan placentera como sea posible, conduciría á la simplificación de la vida, y por esto mismo á la reducción de la maquinaria.

Resumiendo, pues, mis pretensiones de una vida decente, puedo decir que pido: 1.º un cuerpo sano; 2.º una mente activa en simpatía en el pasado, el presente y el futuro; 3.º ocupación propia para un cuerpo sano y un espíritu activo, y 4.º un mundo bello en qué vivir. Estas son las condiciones de vida que en todas las edades el hombre culto se ha propuesto como cosa apetecible ante todo. Hartas veces ha quedado tan frustrado en sus aspiraciones, que ha vuelto anhelosos sus ojos hacia atrás á los días que precedieron á la civilización, cuando la única tarea del hombre era buscarse la comida día por día, estando la esperanza en él dormida ó imposible de expresarse.

En efecto, si la civilización, como muchos piensan, impide la realización de la esperanza de alcanzar semejantes condiciones de vida, entonces la civilización impide la humanidad de ser feliz, y si esto es así dejémonos de todas las aspiraciones hacia el progreso, de todo sentimiento de buena voluntad y afecto entre los hombres, y arrebatemos cada uno lo que podamos del montón de riqueza que los tontos crean para los pícaros, para que engorden ó mejor aún descubramos tan pronto como sea posible algún medio de morir como hombres, ya que se nos impide vivir como hombres.

Pero la cosa no está tan mal; podemos cobrar ánimo viendo que nosotros los de esta generación, á pesar de todos sus tormentos y desórdenes, tenemos una herencia maravillosa del trabajo de los que nos han precedido y que el día de la organización humana está amaneciendo. No somos nosotros los que podemos construir el nuevo orden social, las generaciones pasadas lo han hecho por nosotros, pero podemos abrir nuestros ojos á los signos de la época para ver que la obtención de buenas condiciones de vida es posible y que ahora es de nuestra incumbencia extender la mano para cogerlas; y ¿cómo? principalmente, creo, educando el pueblo á tener conocimiento de sus capacidades reales como hombres, para que puedan usar en su propio provecho el poder político que no tardará en confiárseles; á hacerles ver que el viejo sistema de organizar el trabajo para la ganancia individual resulta inmanejable, y que todo el pueblo tiene que escoger ahora entre la confusión que resulte del hundimiento de este sistema y la resolución de tomar en sus manos el trabajo que ahora está organizado para la ganancia y de emplear esta organización para la vida de la comunidad; á hacer comprender á la gente que los individuos que buscan ganancia no son una necesidad sino un estorbo para el trabajo, no solamente y principalmente porque son las perpetuas clases pasivas del trabajo, sino más bien por el despilfarro que su existencia como clase necesita. Todo esto lo hemos de enseñar á la gente cuando lo hayamos aprendido nosotros, y admito que el trabajo es largo y pesado, como he empezado diciendo que la gente ha llegado á ser tan temerosa de cambios por el miedo al hambre y hasta los más desgraciados son estólidos y duros de mover. Pero por duro que sea el trabajo, su recompensa no es dudosa. El mero hecho de que un grupo de hombres, aunque pequeño, se han juntado como misioneros socialistas demuestra que el cambio se verifica. Como la clase trabajadora, la verdadera

parte orgánica de la sociedad acepta estas ideas, la esperanza surge en sus individuos y reclamarán cambios en la sociedad de los que muchos sin duda no tenderán directamente á su emancipación porque se reclamarán sin el debido conocimiento de la única cosa necesaria para pedir la igualdad de condición, pero que indirectamente ayudará á desorganizar nuestra podrida sociedad farsante, mientras esta petición por igualdad de condiciones se hará constante y cada vez más reciamente, hasta que será escuchada y entonces será obra de un paso la socialización del mundo civilizado, y mirando atrás sobre lo que ha sido, quedaremos asombrados de pensar cuánto tiempo hemos consentido en vivir como vivimos ahora.—MORRIS. (The Commonweal.)

MISCELÁNEA

Acaaba de celebrarse en Lieja una reunión de católicos denominada *Congreso de Ciencias Sociales*.

Reunidos muchos abogados y curas bajo la presidencia de un cardenal «han examinado, escudriñado y discutido la cuestión social y obrera, lo propio que los remedios que la misma exige,» dice el diario de donde tomamos la noticia, «y han aprobado varios acuerdos que se procurará realizarlos y hacerlos pasar al terreno industrial, económico y legislativo; como por ejemplo la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, los seguros obligatorios contra los riesgos del trabajo, la organización legal de las asociaciones obreras, gremios y corporaciones, las medidas que deben tomarse para combatir el desarrollo del lujo, fomentar los buenos periódicos y sustraer las clases trabajadoras á la espantosa propaganda que el socialismo hace actualmente en sus filas.»

Deseamos conocer los trabajos de ese Congreso, porque tenemos la convicción de que los enemigos del progreso, siempre que tratan de hacer algo para oponerse á lo que ha de venir, trabajan perfectamente en contra de sus propósitos, y no puede el *Congreso de Ciencias Sociales* ser una excepción de la regla.

¿Qué otra cosa puede hacer una reunión de hijos de la Fé que se conciertan para hacer uso de la Razón?

La abjuración pública de los errores y preocupaciones es un acto laudable y útil; lo primero porque el que lo efectúa rinde homenaje á la verdad, lo segundo porque manifiesta la verdad á otros.

Los compañeros Manuel Rodríguez y Genara Cantera, de Valladolid, que han tenido valor cívico para manifestar pública y solemnemente que no creen en Dios ni en el Estado, y se unen en matrimonio bajo la fe de su palabra empeñada ante una concurrencia de ateos y anarquistas, merecen el aplauso de cuantos trabajan por la justicia y se esfuerzan en arrancar la máscara hipócrita de nuestra civilización.

ACRACIA les envía felicitación entusiasta.

Faltos de espacio para extendernos en las oportunas consideraciones, no podemos excusarnos de registrar los importantes hechos que hallamos en la prensa política.

«Nueva-York 16 de Setiembre.—El número de mineros que actualmente se halla en huelga en la Pensylvania se eleva á 25,000.—Se ha celebrado un *meeting* en el que se ha protestado enérgicamente del fallo pronunciado por el Tribunal Supremo de Illinois contra los anarquistas de Chicago. Los periódicos á su vez publican artículos muy violentos contra los jueces y el jurado.—Las autoridades han recibido cartas amenazándoles de muerte, caso de ser ejecutados los anarquistas.

«Nueva-York 21 de Setiembre.—Se ha efectuado un *meeting* monstruo, socialista y anarquista, para protestar contra las ejecuciones de anarquistas que en Noviembre se han de llevar á cabo en Chicago.—El revolucionario Most ha pronunciado un discurso violentísimo en el que ha excitado á la multitud para que se disponga á empuñar las armas. «Cada gota de sangre, ha dicho, que se derrame de un anarquista, producirá la muerte de un *burgués*.—Una mujer y varios ciudadanos han pronunciado discursos revolucionarios, excitando á la rebelión y atacando á los capitalistas.—La ejecución de la sentencia del Tribunal Supremo de Illinois se verificará el 11 del próximo Noviembre.»

Esas noticias demuestran lo enconada que ha llegado á ser la lucha de clases en los Estados-Unidos, á la par que la sanguinaria crueldad de los privilegiados de la República.

Por ellas pueden comprender los trabajadores españoles el porvenir que les espera si se adormecen cándidamente al arrullo de las promesas republicanas.

Si la Monarquía oprimió á los productores para favorecer á los nobles y á los curas, la República oprime á esos mismos productores para establecer iníquos privilegios en favor de los burgueses.

¡República, verdugo de París y verdugo de Chicago, complaciente prostituta de los burgueses! ¡los trabajadores te conocen y te desprecian!

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.